
PRESENTACION

LA INEVITABLE IMPERFECCION DEL CONOCIMIENTO HUMANO: HAYEK Y EL USO SOCIAL DEL CONOCIMIENTO

Eduardo Terrén Lalana

Universidad de A Coruña

La desconfianza hacia la ingeniería social y el modelo de ciencia que la apoyó goza actualmente de gran predicamento incluso en los países que más confiaron en ella. La reflexión de Friedrich Hayek que aquí se presenta muestra cómo esa sensación de fracaso del conocimiento social con que hoy día tiende a contemplarse la crisis de los modelos de planificación del bienestar no sólo puede explicarse como resultado de los efectos de una supuesta ley de hierro de las burocracias, sino también (o sobre todo) como el resultado de una equivocada teoría del conocimiento social.

Al fin y al cabo, todo problema social puede reducirse en último término al problema de una óptima alocaión de recursos, y hablar de recursos, como insistirá Hayek, es siempre hablar de recursos «conocidos». Por tanto, en última instancia, un problema social es fundamentalmente un problema de utilización del conocimiento social. Esta idea constituye el hilo conductor de *El uso social del conocimiento*, un trabajo de reflexión publicado por Hayek hace más de cincuenta años. Se trata de una pieza fundamental en la construcción de esa tradición de pensamiento social que hoy suele denominarse con cierta vaguedad como «neoliberalismo». Una pieza escrita justamente cuando la institucionalización de la promesa tecnocrática de la ciencia social proporcionó el suelo sobre el que edificar la promesa de la *Gran Sociedad* postindustrial. Su lectura permite, por tanto, explorar las raíces filosóficas del cuestionamiento actual de creencias muy arraigadas en la cultura política del Estado del Bienestar.

En 1942, sólo tres años antes de su publicación, se había dado a conocer el Informe Beveridge, un documento esencial de la teorización del «componente social» del Estado de Bienestar como reelaboración de un «capitalismo seguro»¹. Las raíces de esta tradición de pensamiento social se hunden ya en la Europa de Bismarck y Lloyd George, pero fue eufóricamente reelaborada en los Estados Unidos de la mano del funcionalismo y las ciencias del *New Deal*. Todavía en la vena del optimismo teórico característico de esta tradición, Daniel Moynihan, por ejemplo, describió claramente la importancia del keynesianismo en esa reelaboración como síntoma de la legitimación de la intervención «científica» del Estado en la reforma de la vida social y en la construcción de la *Great Society*. Y es que, efectivamente, junto con cuestiones más técnicas como el énfasis en el pleno empleo y el consumo, uno de los elementos más importantes de la gramática profunda del keynesianismo como exponente de este espíritu de época fue su confianza en una tecnocracia ilustrada capaz de dirigir la economía.

Con *Camino de servidumbre* (1944)² y, sobre todo, con la versión resumida del mismo publicada al año siguiente por el *Reader's Digest*, Hayek pasó a ser popularmente conocido como uno de los principales denunciantes del supuesto filosocialismo implícito en dicha tradición³. A ella tuvo un acceso directo desde que a comienzos de los años treinta se trasladara a la London School of Economics, un cerebro institucional del fabianismo fundado años atrás por los Webb. Allí comenzó a fraguarse lo que a partir de los años cuarenta podría considerarse como un auténtico *turning point* del pensamiento Hayek hacia cuestiones de índole más política y social. En esta presentación pasaremos revista al contexto social e intelectual en que se produjo este giro, prestando una especial atención a los componentes epistemológicos de los debates que constituyen el marco de referencia de *El uso social del conocimiento*.

Friedrich August von Hayek (1899-1992) fue inicialmente conocido como un teórico de la economía, campo al que dedicó sobre todo la primera parte de su vida intelectual. Bajo la protección de Ludwig von Mises, ante quien llegó recomendado por uno de sus profesores, Ludwig von Wieser, y con quien codirigió el Instituto Austríaco de Investigación Económica, Hayek se convirtió en uno de los principales exponentes de la economía de la llamada Escuela

¹ R. MISHRA, *El estado de bienestar en crisis*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, pp. 30-43; W. H. BEVERIDGE, *Seguros sociales y servicios afines. Informe de Lord Beveridge*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1989. Como contrapunto y muestra de la desconfianza anteriormente referida puede verse N. GLAZER, *Los límites de la política social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.

² Trad. cast. en Alianza, Madrid, 1978.

³ Antes de ser mundialmente conocido por sus planteamientos políticos y sociales, Hayek había entablado ya una polémica directa con la teoría económica keynesiana en las páginas de la revista *Economica*, que presentó conjuntamente su recensión del *Tratado sobre el dinero* de Keynes y la que éste hizo de *Precios y producción* de Hayek. Para esta polémica resulta muy interesante la recopilación recogida en F. A. HAYEK, *Contra Keynes y Cambridge*, Madrid, Unión Editorial, 1996.

Austríaca durante sus años como profesor de la Universidad de Viena. A este período corresponden obras como *La teoría monetaria y el ciclo económico* (1929) y *Precios y producción* (1931)⁴.

En los años de su juventud vienesa, Hayek había sostenido un fabianismo moderado que la colaboración con Von Mises terminó por disolver, sobre todo desde que éste publicara *El socialismo*, en 1922. Durante esos mismos años, Hayek se hallaba plenamente integrado en el *Mises Kreis*, un grupo de intelectuales formado alrededor del seminario dirigido por el propio Mises. La lista de intervinientes en el seminario es representativa de la *intelligentsia* vienesa de aquellos años⁵. A él asistieron no sólo los principales exponentes de la llamada cuarta generación de la Escuela Austríaca de Economía, sino también otras figuras tan dispares como Alfred Schütz, Karl Menger o Félix Kaufmann. Como lo prueba el hecho de su contemporaneidad con la filosofía de la ciencia desarrollada por el famoso Círculo de Viena (Kaufmann y Menger, por ejemplo, se hallaban integrados en ambos grupos), las reflexiones de carácter lógico-epistemológico ocuparon un lugar central en el contexto de esta *Ilustración Vienesas*.

Puede resultar significativo el que en el curso de 1919-20, durante un duro invierno en el que la Universidad de Viena hubo de ser cerrada por falta de calefacción, Hayek dedicara su tiempo a familiarizarse con la *Teoría general del conocimiento* de Moritz Schlick, uno de los fundadores del Círculo de Viena que en 1922 se haría cargo de la cátedra de Ciencias Inductivas, creada en 1895 para Ernst Mach. El legado de la epistemología machiana seguía vivo en Viena a través de entidades como la Asociación Ernst Mach y de figuras como Schlick, introductor también del pensamiento de Wittgenstein —primo, por cierto, de Hayek—. Pero, en cualquier caso, aunque éste fuera el contexto de sus primeras lecturas, la línea de reflexión epistemológica de Hayek estuvo mucho más cerca de la abierta por Karl Popper, sobre todo después de que éste publicara la *Lógica del descubrimiento científico* (1935)⁶. Esta obra tuvo un

⁴ Trad. cast. en Madrid, Espasa-Calpe, 1936, y Madrid, Ediciones Aosta y Unión Editorial, 1996.

⁵ Sobre el contexto intelectual de esta llamada *Ilustración vienesa* pueden verse, por ejemplo, el clásico estudio de A. JANIK y S. TOULMIN, *La Viena de Wittgenstein*, Madrid, Taurus, 1983, y M. FRANCIS, *The Viennese Enlightenment*, Londres-Sydney, Croom Helm, 1985. Para las cuestiones más estrictamente relacionadas con la biografía de Hayek, véanse K. R. LEUBE, «F. A. von Hayek: a biographical introduction», en C. Nishiyama y K. R. Leube (eds.), *The essence of Hayek*, Stanford (Ca.), Hoover Institute-Stanford University, 1984; E. BUTLER, *Hayek: su contribución al pensamiento político y económico de nuestro tiempo*, Madrid, Unión Editorial, 1989, pp. 19-27, y P. DE LA NUEZ, *La política de la libertad: estudio del pensamiento político de F. A. Hayek*, Madrid, Unión Editorial, 1994, pp. 21-78, que aporta además una completísima bibliografía (pp. 253-268).

⁶ Fruto de la convergencia que surgió de esta lectura fue la invitación cursada por Hayek a Popper en 1936 para que éste defendiera en su seminario de la London School of Economics las tesis de *La miseria del historicismo*. Más detalles sobre la relación entre Hayek y Popper pueden encontrarse en el capítulo «Una lectura liberal del racionalismo crítico» de A. PERONA, *Entre el liberalismo y la socialdemocracia*, Barcelona, Anthopos, 1983, pp. 147-199. Como alguien ha

fuerte impacto sobre Hayek porque en ella vio sistematizadas muchas cuestiones de la filosofía de las ciencias sociales que él mismo había barruntado en el transcurso del debate sobre el problema del cálculo económico en la planificación socialista.

Y es que, ciertamente, la economía política de la Escuela Austríaca no permaneció ajena a este estilo de reflexión y a su interés por el rigor y la pureza lógica. Claro exponente de ello fue el debate en torno a los fundamentos del cálculo económico racional y la planificación socialista en el que se vieron envueltos buena parte de los economistas centroeuropeos de la época de entreguerras. De este debate y del marco teórico en que se desarrolló arranca tanto el problema central del que nació en buena parte la teoría del conocimiento social de Hayek como la perspectiva epistemológica que constituye su columna vertebral. Después de todo, como afirma el propio Hayek, lo que subyace al problema del conocimiento implícito en el cálculo de la acción económica no es algo relevante sólo para la teoría económica en un sentido estricto, sino que afecta a cualquier consideración de los fenómenos sociales en general y, de hecho, puede considerarse como «el problema teórico central de toda ciencia social».

La argumentación básica parte del supuesto de que el problema económico de una sociedad, esto es, el problema de cuál es el uso óptimo de los recursos socialmente disponibles, es la cuestión primordial en la construcción de un orden social racional. El socialismo pretendía haber resuelto este problema a través de la planificación centralizada. Esta solución, sin embargo, asumía un modelo de racionalidad que desde la perspectiva de los economistas austríacos no era epistemológicamente sostenible, frente a lo que habían mantenido Von Wieser, Pareto o Schumpeter. La razón de su debilidad estribaba en el hecho de entender el problema económico como un problema puramente lógico que podía resolverse deductivamente a partir de un conocimiento completo de la información sobre los medios, las preferencias y los fines relevantes para la decisión. Ahora bien, ¿qué mente o qué sistema humano era realmente capaz de garantizar la completud de toda esa información para poder garantizar la racionalidad de la decisión? ¿Cómo un programa de planificación centralizada *a priori* podía hacer uso de todo el conocimiento espontáneo y disperso que interviene en los problemas económicos reales? Lo primeramente inaceptable, pues, en el plan de un sistema económico centralizado era su incorrecta representación de lo que es el problema del cálculo económico.

El argumento estelar de crítica epistemológica contra la racionalidad de un orden social basado en la planificación centralizada fue inicialmente desarrollado por Von Mises a principios de los años veinte⁷. Su tesis básica podría redu-

escrito, dicho sea de paso, la London School parecía haberse convertido por aquel entonces en un suburbio vienés. El imparable ascenso del nazismo y, sobre todo, la anexión de Austria en 1938 terminaron con la Ilustración Vienesa. Al igual que Hayek y Popper, también Schumpeter, Kelsen, Carnap, Neurath, Kaufmann, Menger, Gödel y otros pasaron a formar parte de lo que M. Francis llama el «pensamiento austríaco del exilio».

⁷ «Die Wirtschaftsrechnung im sozialistischen Gemeinwesen», originalmente publicado en

cirse a la lógica de un razonamiento *ad absurdum*. Por un lado, toda planificación económica racional debía proporcionar una utilización y distribución eficiente de recursos. Por otro, pensaba Von Mises, sólo el conocimiento de los mecanismos de variación de los precios puede proveer la información necesaria para que esa planificación sea efectivamente racional y se ajuste a las exigencias del mercado. Ahora bien, los precios se determinan a través de las relaciones múltiples y complejas producidas en los constantes flujos de interacciones que se dan entre compradores y vendedores. Una planificación económica centralizada (como la que pretendía el Estado socialista) obligaría a que los encargados de tal planificación tuvieran que resolver millones de ecuaciones para determinar en todo momento el valor relativo de los productos. Esto es algo obviamente muy difícil, pero no imposible, en principio, siempre y cuando se contara con la información necesaria para resolver las ecuaciones. Sin embargo, ¿qué conocimiento de los mecanismos de precios tendrían los planificadores si no existiera una economía libre de mercado que les orientase? Y si existiese, ¿qué sentido tendría entonces una planificación que no haría sino obstaculizar su libre funcionamiento? En el fondo, si no existiese, la intervención planificadora del Estado sobre la actividad económica se vería obligada a asumir una fuerte dosis de azar, con lo que su modelo de racionalidad apriorica quedaría reducido al absurdo.

Hayek aborda esta misma línea argumental pero subrayando la dimensión práctica del conocimiento, también implícita en el planteamiento de Von Mises. Este tenía, efectivamente, una concepción de la acción humana que hacía hincapié en los elementos relacionados con las iniciativas y los descubrimientos en un mundo caracterizado por la incertidumbre. De ahí su marcado subjetivismo y su negativa a reducir el análisis económico a estados de equilibrio basados en la perfecta información mutua⁸. La comprensión de la acción social que entraña una decisión económica no requiere simplemente la consideración de un estado de cosas (aun incluyendo las preferencias) que rodea a una elección; requiere, más bien, la consideración de la percepción subjetiva que el agente tiene de cuál es realmente (realmente para él) el estado de cosas relevante. Esta es la esencia del tipo de conocimiento individual al que Hayek prestó atención al ver en el conocimiento individual de las condiciones del mercado un proceso de aprendizaje constante ante una variabilidad de las circunstancias que difícilmente puede acometer el conocimiento del experto.

Así, el problema central para Hayek no sólo tiene que ver con el volumen

Archiv für Sozialwissenschaften, 47, 1920. La traducción inglesa puede verse en I. M. Kirzner (ed.), *Classics in Austrian economics: a sampling in the history of a tradition*, vol. III: *The Age of Mises and Hayek*, Londres, W. Pickering, 1995, pp. 3-30, donde se reproduce también (pp. 230-257) el trabajo en que HAYEK sintetizó todo este debate: «Socialist calculation: the competitive solution», publicado originalmente en *Economica*, 7, 1940.

⁸ Pueden verse a este respecto sus ensayos de 1944 y 1961: «The treatment of irrationality in social sciences» y «Epistemological relativism in the science of human action», recogidos en la recopilación de Kirzner (pp. 113-149).

de información del que precisaría el cálculo económico centralizado, el tiempo necesario para operacionalizar dicha información o la ausencia de condiciones «naturales» de las que extraerla. La cuestión estriba también, y sobre todo, en el tipo de conocimiento implícito en el problema económico. Para Hayek, el tipo de conocimiento que impera en la vida económica de los individuos y, por ende, en la gestión y organización de su vida social es un conocimiento disperso, constantemente cambiante; un conocimiento vinculado a la importancia de las circunstancias concretas y las situaciones únicas. Un conocimiento, en definitiva, diametralmente opuesto al conocimiento en que se basa el modelo de la planificación centralizada. Un *conocimiento espontáneo* poco susceptible de las que Hayek considerara pretenciosas sistematizaciones del *cientificismo*.

A pesar de que, entre 1931 y 1937, Hayek publicó diversos trabajos de índole más técnica sobre teoría del capital, la inversión y el ahorro, las reflexiones acometidas en el contexto del debate referido constituyeron, pues, el núcleo de su progresivo desplazamiento hacia cuestiones de filosofía social, a las que se dedicaría más detenidamente tras su traslado a Chicago en los años cuarenta. Ensayos representativos de este giro en el que se enmarca la línea argumental de *El uso social del conocimiento* fueron, por ejemplo, «Economía y conocimiento» (1937), que presenta su particular visión de la división del conocimiento y avanza la idea de que lo importante en materia social no es tanto el conocimiento científico como el conocimiento desorganizado de las diversas circunstancias y situaciones espontáneas; o los tres ensayos publicados entre 1941 y 1944 que presentan una reconstrucción del *scientism* a partir de una crítica a lo que tradicionalmente se ha venido considerando como el origen de la teoría social clásica⁹. La idea central que guía esta reconstrucción es que desde la Ecole Polytechnique y Saint Simon hasta el marxismo, la teoría del conocimiento consustancial a la teoría sociológica ha estado presa de la creencia de que, como diría el propio Hayek cuarenta años después en su discurso de recepción del premio Nobel, es posible prever el programa futuro de la raza humana, acelerarlo y dirigirlo. El problema que se deriva de ello, según Hayek, es que para establecer las leyes que permitan esa planificación del futuro la historia tiene que dejar de ser una historia de individuos y pasar a ser una historia de masas.

El perverso positivismo implícito en la metafísica de esta teoría del conocimiento reducida a una pseudoteoría de la ciencia termina auspiciando para Hayek teorías antiliberales de la sociedad, pues, en el fondo, el liberalismo «deriva del descubrimiento de un orden autogenerador o espontáneo en los acontecimientos sociales (...) un orden que haría posible utilizar el conoci-

⁹ Todos estos ensayos fueron publicados inicialmente en la revista *Economica*. El primero de ellos fue recogido después en *Individualism and economic order*, Chicago, University of Chicago Press, 1948. Los otros tres («Cientismo y estudio de la sociedad», «La contrarrevolución de la ciencia» y «Comte y Hegel») fueron recogidos en *The counterrevolution of science: studies in the abuse of reason*, Glencoe (Ill.), The Free Press, 1952.

miento y habilidad de todos los miembros de la sociedad en una mucho mayor medida de lo que sería posible en cualquier orden creado por una dirección central». A la postre, «ni los “recursos disponibles” ni las “necesidades existentes” son hechos objetivos como los que el ingeniero tiene ante sí en su área limitada (...) Los recursos y las necesidades existen para propósitos prácticos sólo en el conocimiento de quien sabe sobre ellos, y siempre hay infinitamente más conocido en todos los individuos tomados en su conjunto que lo que es conocido para la autoridad más competente. Una solución válida, por tanto, no debe basarse en la autoridad, sino en un método que utilice el conocimiento disperso entre todos los miembros de la sociedad (...) Esta es precisamente la función que realizan los mercados»¹⁰.

Utilizando categorías de la gnoseología pragmatista, podríamos hablar de un conocimiento basado en una definición no referencialista de la verdad; es decir, un conocimiento que se expresa no en proposiciones cuya verdad se determina por su eventual acuerdo respecto a una verdad ontológicamente dada con carácter previo, sino que se expresa en proposiciones cuya verdad resulta de la experiencia en la que se formulan y de la satisfactoriedad o no de sus consecuencias¹¹.

Aunque ciertamente muchos de los supuestos del pragmatismo gnoseológico ya se habían desarrollado, sobre todo en el contexto filosófico norteamericano, durante los años de formación de Hayek, no puede constatarse que tuviera un conocimiento directo del pensamiento de esta corriente. Pero no está lejano de ella el postulado de la economía de pensamiento de Ernest Mach. El que llegó a ser llamado el «Hume del siglo XIX» sostuvo una concepción antimetafísica y antisustancialista del conocimiento que negaba la posibilidad de pro-

¹⁰ *Studies in philosophy, politics and economics*, Londres, Routledge, 1967, p. 161, y *The counterrevolution of science*, Indianápolis, Liberty Press, 1972, pp. 176 y ss. Este tratamiento de las consecuencias políticas del menosprecio epistemológico del conocimiento espontáneo de las circunstancias es una idea muy cercana a la que Von Mises describiera así en su ensayo sobre el relativismo epistemológico: «cuando las ciencias de la acción humana se refieran a fines, siempre quieren decir los fines hacia los que apuntan los hombres que actúan. Esto distingue a estas ciencias de las doctrinas metafísicas conocidas bajo el nombre de “Filosofía de la Historia”, que pretenden conocer los fines hacia los que una entidad suprahumana —por ejemplo, en el contexto del marxismo, las fuerzas productivas materiales— dirige el curso de los acontecimientos independientemente de los fines que los hombres que actúan quieren conseguir» (ed. de Kirzner, p. 132). Igualmente afín es la metodología de las ciencias sociales expuesta por Popper, según la cual todo fin colectivo debe entenderse como debido a las acciones e interacciones de fines y esperanzas individuales. Para una muy similar crítica del modelo teórico del ingeniero social, véase igualmente POPPER, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós, 1982, pp. 157-161.

¹¹ Esta presentación de la gnoseología que subyace a la teoría del conocimiento social de Hayek combina ciertos supuestos típicos de la tradición pragmatista, como son la disolución del significado de las proposiciones en su uso y la reducción de los criterios de validez en términos de su utilidad. Ambos pueden resumirse en la siguiente máxima: «el único criterio de verdad de un juicio es su utilidad práctica como postulado, no habiendo más verdad general que la postulada resultante de alguna determinación motivada de la voluntad; no hay, pues, verdades necesarias». Esta, no obstante, es sólo una de las trece acepciones en que, según Lovejoy, puede entenderse una perspectiva tan marcadamente polisémica como es la del pragmatismo.

munciarse de manera definitiva sobre la naturaleza de la realidad. Más que la determinación de las causas últimas, el conocimiento de la realidad consiste en un mero establecimiento de «funciones» o conjunciones de hechos que se examinan siempre a partir de una «representación económica» de los mismos. Los conceptos utilizados en esta representación no pueden, por tanto, aspirar nunca a una prescripción de la realidad, sino tan sólo a una descripción circunstancial y provisional a través de la que el conocimiento se adapta a la realidad. Es sobre la base de esta adaptación circunstancial sobre la que gravita el sesgo pragmatista de la visión de Mach, por cuanto de ella deriva una concepción estrictamente heurística de los conceptos y las teorías científicas que, en última instancia, sólo son válidas si «resultan»¹².

El principal mensaje del legado machiano a la filosofía de la ciencia de la ilustración vienesa fue la idea de que toda construcción teórica tenía un valor limitado. Hayek, cuya defensa de la economía de conocimiento que propicia el mercado es notablemente afín a esta idea, retuvo del legado machiano y de su impronta humeana un marcado escepticismo frente al poder de la razón para dictar modo de obrar alguno¹³.

Pero los supuestos epistemológicos subyacentes a la visión hayekiana del conocimiento social sintonizan quizá más claramente con otros pensamientos de la época, como los de Gilber Ryle, el filósofo de Oxford, o el de Michael Polanyi, otro austríaco exiliado¹⁴. Ryle, por ejemplo, estableció una distinción entre el «saber cómo» y el «saber qué» a través de la que interpretó las reglas de inferencia de una argumentación como reglas de ejecución, pues, en el fondo, los actos mentales del conocimiento no eran para Ryle más que modos de disponerse a actuar a la vista de unas determinadas circunstancias. Polanyi, por su parte, elaboró una teoría del conocimiento tácito que subrayaba la importancia del factor personal en la conformación de una suerte de preconocimiento difícilmente expresable y apenas reducible a fórmulas sistemáticas que pudieran codificarse. A juicio de Polanyi, era justamente por la forma inconsciente en que estas percepciones, disposiciones y pasiones se introducen en nuestros conocimientos por lo que conocemos más de lo que podemos decir y de lo que cualquier modelo gnoseológico clásico puede representar.

¹² Pueden verse sobre este punto los propios recuerdos de HAYEK en «Ernst Mach (1838-1916) y las Ciencias Sociales en Viena», recogido en *Obras Completas*, tomo IV: «Las vicisitudes del liberalismo», Madrid, Unión Editorial, 1995, pp. 187 y ss.

¹³ «Para el pseudocientífico —afirma Hayek—, el conocimiento es una herramienta que permite manejar y con ello manipular a la sociedad» («F. Bacon, padre del cientismo», en *La tendencia del pensamiento económico...*, op. cit., pp. 75 y ss.).

¹⁴ R. KLEY, *Hayek's social and political thought*, Oxford, Clarendon Press, 1994, p. 56, ofrece una relación de referencias tanto explícitas como implícitas a ambos. La principal obra de Ryle, *The concept of mind*, data de 1949, pero sus ideas fueron adelantadas ya en 1945 y 1946. Las ideas más representativas de Polanyi a este respecto fueron desarrolladas en *Personal knowledge*, de 1958, y en *The tacit dimension*, de 1966. Su aplicación al conjunto de problemas aquí tratado es más directa en los ensayos recogidos en el volumen *Scientific thought and social reality*.

No es que Hayek fuera un seguidor estricto de ninguna de estas teorías, pues, en el fondo, todas las influencias que confluyen en su pensamiento social forjan un entramado tremendamente ecléctico. Pero, sin duda, su toma en consideración ayuda a entender la coetaneidad de las reflexiones de Hayek sobre el conocimiento social de lo social¹⁵. Unas reflexiones que, como hemos visto, surgen de las cuestiones epistemológicas implícitas en debates económicos y que a partir de los años cuarenta se proyectan hacia una filosofía del conocimiento sociológico que cree haber descubierto en las reglas del mercado el modelo de un genuino conocimiento del mundo. De ahí su idea de la «competencia como patrón de descubrimiento» adecuado a un orden social espontáneo¹⁶.

Su mensaje final vendría a ser que la teoría social nunca puede sustituir a la competencia como modelo del proceder del conocimiento. Ni los funcionarios del Estado ni los de la ciencia pueden eclipsar la importancia de un conocimiento práctico que sólo el liberalismo (en el sentido que Hayek confiere al término) es capaz de asumir. Desde que los ilustrados pusieron el conocimiento social al servicio de la reforma nacional a través del Estado, ha prevalecido esa creencia fundamental de la teoría social moderna en que la ciencia social podía dar una respuesta racional al incremento de la complejidad derivado del cambio social generado por la industrialización. El gran problema para Hayek es que esta teoría social ha partido de una equivocada teoría del conocimiento. Esclarecido este falso punto de partida, y como él mismo recalcaría treinta años después de la publicación de *El uso social del conocimiento*, es imprescindible abandonar toda ilusión en cuanto a que quede al alcance de la humanidad la posibilidad de «crear su propio futuro»¹⁷.

¹⁵ Más concretamente, la relación de las disposiciones relacionadas con la *entrepreneurial abilities* y el «conocimiento práctico» es tematizada siguiendo muy de cerca las teorías referidas en «Rules, perception and intelligibility», recogido en *Studies in philosophy, politics and economics*, Routledge, Londres, 1967, pp. 43-65.

¹⁶ Podría parecer paradójico hablar de un «orden espontáneo», pero en *Los fundamentos de la libertad*, Madrid, Unión Editorial, 1982, Hayek sale del paso utilizando una reflexión de Ortega: el orden, afirma, no debe entenderse como una presión desde fuera, sino como un equilibrio que se suscita desde el interior.

¹⁷ Son éstas palabras de su alocución con motivo de la entrega del premio Nobel en 1974 («The pretence of knowledge», recogido en la antología de Nishiyama y Leube, *op. cit.*, pp. 266-279). Dicho sea de paso, Hayek compartió dicho premio con Gunnar Myrdal, uno de los padres del Estado de Bienestar sueco.
